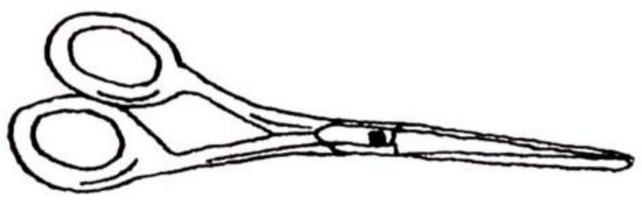
El lugar más apartado de la tierra

De la aldea a la metrópoli
Consuelo Sánchez
Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998, 117 págs.

El libro de la periodista Consuelo Sánchez que recoge y resume una serie de crónicas aparecidas en diferentes periódicos y revistas (El Porvenir, El Nuevo Tiempo, Cromos, El Tiempo, El Espectador), algunos de ellos ya desaparecidos, ofrece un recuento ágil y rápido de algunos aspectos del acontecer bogotano durante el periodo comprendido entre los años 1900 y 1959, cuando se supone que nuestra capital alcanza su mayoría de edad en el último año citado. Es, pues, una crónica sobre crónicas, y su aparición podría tener dos clases de acogida; por un lado, por parte de aquellos que esperan encontrar en él un recuento ameno de anécdotas y sucesos, en ocasiones curiosos, consignados en sus páginas por los medios mencionados; por otro, y quizá en menor medida, serían los investigadores (historiadores, sociólogos y, eventualmente, escritores y periodistas) quienes tendrían que acudir al texto total de las crónicas extractadas por Sánchez, en busca de una información completa. De todas formas, el libro logra satisfacer las expectativas de unos y otros, pues, como lectura de esparcimiento, alcanza su propósito, y como texto de investigación, aunque insuficiente, constituye al menos una referencia o punto de partida para investigaciones ulteriores.

De la aldea a la metrópoli, como ya se dijo, es un libro ágil, bien escrito en cuanto a la forma, y sus pretensiones no van más allá del objetivo fijado por su autora, el cual no parece ser otro que informar con amenidad sobre trabajos realizados por otros. No quiere decir esto, sin embargo, que se haya limitado a ofrecer una transcripción fiel de trabajos ajenos, ya que se trata de una visión personal sobre los mismos, como corresponde también a su propio criterio la elección del material y sobre el cual, acorde con la actitud que impera en el periodismo moderno, la autora se abstiene de emitir sus opiniones de forma directa y se sitúa así en un terreno neutro dentro del cual puede moverse con la "imparcialidad" exigida por la profesión. Esto permite que sea el lector el encargado de emitir su propio juicio sobre lo que lee, o que simplemente deje de hacerlo.

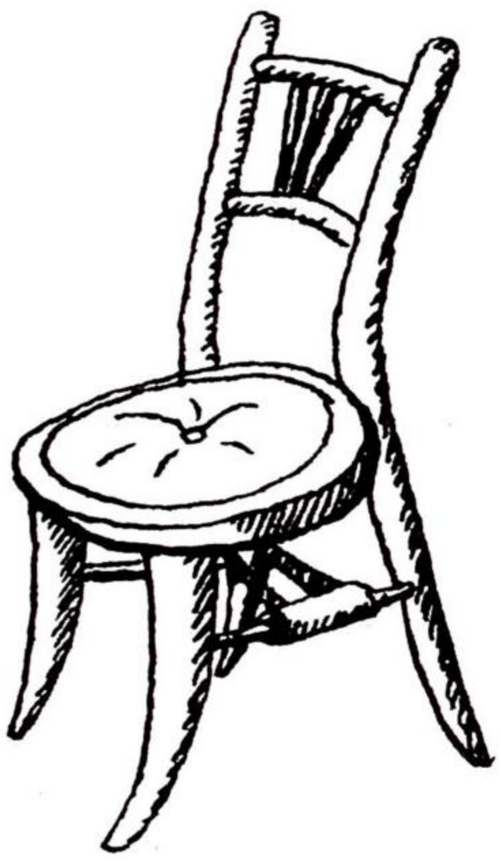


Lo primero que salta a la vista en el libro de Consuelo Sánchez es nuestra irreductible vocación belicista. El primer capítulo se inicia con la década comprendida entre los años 1900 y 1909, y ya los colombianos de entonces se enfrentaban en una nueva guerra, una de tantas de las que venían dándose desde el comienzo mismo de nuestra independencia. Se trata esta vez de aquella que culmina con la famosa batalla de Palonegro y la posterior derrota del general Uribe Uribe. El 17 de octubre de 1899, a poco más de dos meses de iniciarse el siglo XX, estalló esta nueva guerra. Ante la noticia, algún lector, desapercibido o no, podría pensar que el escenario nacional en que se desarrolla esta guerra (y todas las de antes, y las que vendrían después hasta nuestros días) es extrañamente el mismo: por una parte, los colombianos belicosos de siempre, dispuestos a abrazar cualquier "principio" o ideología (no importa cuál) que les permita ejercer el único oficio que parecen conocer e importarles: matar, destruir. Por otra, esa gran mayoría ovejuna de siempre que sólo pone las víctimas y que parece haberse habituado a vivir (o sobrevivir) en medio de la guerra y para la cual ésta no es más que el tema diario de conversación en los corrillos callejeros, aunque sólo uno de los temas, pues el otro —que sigue siendo hoy el mismo— es el cotorreo sobre las incidencias domésticas de la política, y entonces, como ahora, existían sitios en los cuales cada quien podía ir para recibir allí su ración diaria de chismorreo político o bélico. Uno de aquellos sitios se conoció como El Altozano. Fue así entonces como en los primeros años del siglo XX, y mientras una buena parte de los colombianos se mataban entre sí, Teddy Roosevelt nos arrebataba a Panamá, aunque a crédito, y por módicas cuotas. A partir de aquí tal vez comenzamos a aprender a reír. El presidente José M. Marroquín, al entregar el cargo al general Vásquez Cobo, dijo: ("dicen que dijo", anota la autora) "Recibí una patria, y entrego dos". Nada cambia, nada parece cambiar. Ante el espectáculo que describe Daniel Samper Ortega de la Bogotá de aquellos días con las hordas de mendigos que invadían las calles, y su insolencia, el lector de hoy reconocería sin ningún esfuerzo algo que le es muy familiar: calles y lugares públicos tomados a saco por los "desechables" de hoy y los mismos locos de siempre, sólo que lo único que ha cambiado son los nombres pero no su objetivo: calles y sitios convertidos en peligrosos fortines como nuestra calle "Del Cartucho", que tanto dio que hablar.

El acontecer en la Bogotá republicana durante la primera década del siglo (1900-1909) lo resume Fiódor Dostoievski desde su lejana Rusia cuando, según la autora, habla de nuestra ciudad en su novela *Humillados y ofendidos* como el lugar más apartado de la tierra. No se necesita mucha agudeza para comprender que esta lejanía no sólo es geográfica sino también del progreso, según el recuento del atraso en que se halla Bogotá, si se tiene en cuenta que ya en algunos países latinoamericanos se habían iniciado obras de infraestructura tales como el metro... y en 1901 las basuras que inundan las calles se convierten en un problema grave de salubridad... Sólo a partir de 1909 se construye la primera hidroeléctrica que entra a reemplazar el obsoleto sistema termoeléctrico de carbón que ape-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

nas lograba proveer el alumbrado público. Luego, con la llegada de la hidroeléctrica, llegan también las bombillas, y con ellas la iluminación de las viviendas, pero sólo logra cubrir el quince por ciento de éstas... The Bogotá City Railway, es una compañía norteamericana que establece en la ciudad por primera vez el servicio de tranvías... de mulas, pero al fin y al cabo tranvía... En ese mismo decenio sucede el atentado frustrado contra la vida del presidente Rafael Reyes, que había logrado pacificar el país, y la autora se refiere a este hecho como *tiranicidio*... Mister Martin, el propietario de la compañía de tranvías, comete abusos contra la ciudadanía y se altera por ello el orden público; la gente se une para boicotear el servicio...



Década de 1910-1919. Celebración del primer centenario de nuestra independencia en la capital. Samper Brush y Compañía dona para el efecto la iluminación de algunos sectores principales, pero al terminar los festejos retira el servicio... El Gráfico, un medio informativo de la época, arremete contra el estudio de la gramática, al que califica como "una de las formas primitivas de la burguesía"... Se pasa del tranvía de mulas al eléctrico... Comienzan los primeros *chanchullos*... En 1910 circulan los primeros automóviles. En el año 1912 éstos suman 103, y en 1918 eran ya 150... También en 1910 llega a la ciudad el primer avión... Agosto 29 de 1917: temblor de tierra en Bogotá. Los temblores se prolongan hasta septiembre... En el año 1918 se desata una gran epidemia de gripe en la ciudad; la gente muere como moscas en las calles y el saldo final es de 1.200 muertos...

Década de 1920-1929. La compañía de aviación colombo-alemana Scadta establece el servicio regular de transporte de pasajeros. El presidente Marco Fidel Suárez apadrinó en diciembre de 1920 el bautismo de un avión al que se le dio el nombre de Bogotá... En mayo de ese mismo año la ciudadanía se opuso al uso del cloro para purificar el agua, pues creía que esto era perjudicial para la salud. Olvidaba así la gente la peste del año de 1918 producida por las malas condiciones higiénicas... El doctor Jorge Bejarano la emprende contra el consumo de chicha y vienen las primeras prohibiciones de su venta... Empieza un proceso de modernización de la construcción en la ciudad, y Bogotá empieza también a cambiar de cara... Llegan las primeras noticias a la ciudad sobre la escalada fascista en Europa... En 1924 aparece *La vorágine* de José Eustasio Rivera... Surge la publicidad comercial; los medios anuncian productos como Carnol, que garantizaba un rápido y efectivo engorde para las flacas, pues lo ideal era la gordura, que, además de proporcionar belleza, era también signo de salud...

Década de 1930-1939. Se proclama la candidatura liberal de Enrique Olaya Herrera; una manifestación multitudinaria para la época, calculada en más de cincuenta mil personas, apoya su candidatura... En octubre de 1931, Ricardo Rendón, el caricaturista más renombrado de la época, se pega un tiro en la sien sentado en una mesa de la cigarrería La Gran Vía, en la carrera séptima con calle 17...

Década de 1940-1949. La segunda guerra mundial se convierte en el centro de interés de los bogotanos. En algunos almacenes del centro se exhibían mapas en las vitrinas en los que se seguía el avance alemán en Europa con banderitas... Al comienzo de esta misma década la población de Bogotá se acercaba al medio millón de habitantes...

A partir de entonces, y con los sucesos del 9 de abril de 1948, comienza la que podría denominarse "la época moderna de la violencia colombiana". De nuevo, como en el pasado, liberales y conservadores se enfrentan y corre la sangre a raudales. Esta vez salpica a Bogotá, que antes había sido sólo la testigo de los periódicos baños sangrientos en los que se sumergía la nación entera desde su nacimiento... La última década contemplada en el libro (1950-1959) trae más violencia, más sangre. La acción pacificadora del general Rojas Pinilla logra contenerla a medias. Luego, tras la caída de su dictadura, saltan al escenario otro tipo de violentos y la matanza continúa bajo otras banderas... bajo otros intereses...

Se cierra así el círculo: comenzamos matándonos unos a otros, y seguimos haciéndolo, hoy como ayer... Cambian las cosas, se transforman los escenarios, otros son los hombres y mujeres que habitan la Bogotá de hoy. Pero la muerte sigue viva luego de los años transcurridos a partir de aquel remoto año de 1900 con el que se inicia el recuento de Consuelo Sánchez en su libro *De la aldea a la metrópoli*.

ELKIN GÓMEZ

Un lector sensible

El color de la vida
Jesús Sáez de Ibarra
Universidad Metropolitana,
Barranquilla, 2001, 220 págs.

En este libro claro y emotivo se siente la delicadeza con que un lector vive la música de la poesía. Lo hace desde sus remotísimos orígenes babilónicos hasta el no menos antiguo y legendario Gonzalo de Ber-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.